

NEW LEFT REVIEW 115

SEGUNDA ÉPOCA

MARZO - ABRIL 2019

PERSPECTIVAS SOBRE CHINA

SUSAN WATKINS	Estados Unidos vs. China	7
PETER NOLAN	El PCCh y el <i>ancien régime</i>	19
CHRISTOPHER CONNERY	Ronald Coase en Pekín	31
VICTOR SHIH	El dilema del crédito chino	63

ARTÍCULOS

DIDIER FASSIN Y ANNE-CLAIRE DEFOSSEZ	¿Un movimiento improbable?	81
MARK BURTON Y PETER SOMERVILLE	Decrecimiento: una defensa	99
LOLA SEATON	Cuestiones verdes	111

CRÍTICA

FREDERIK VAN DAM	Las ficciones de la cultura	141
ALEXANDRA REZA	Transmigraciones imaginarias	152
REBECCA LOSSIN	Territorio rebelde	162

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

ts
d traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

Stephen Smith, *La ruée vers L'Europe: la jeune Afrique en route pour le vieux continent*, París, Éditions Grasset & Fasquelle, 2018, 272 pp.

ALEXANDRA REZA

TRANSMIGRACIONES IMAGINARIAS

Cuando el año pasado se publicó en Francia *La ruée vers l'Europe*, de Stephen Smith, provocó un buen alboroto y la traducción inglesa, que se editará próximamente en Polity bajo el título *The Scramble for Europe*, sin duda tendrá ese mismo efecto a este lado del Canal. *La ruée vers l'Europe*, un libro breve, que evidentemente busca un público amplio, predice, a partir de las tendencias actuales de crecimiento de la población africana y del desarrollo económico del continente, un aumento a gran escala de la migración hacia Europa. A lo largo de las dos próximas generaciones, defiende Smith, «es probable que más de 100 millones de africanos crucen el Mediterráneo»; en 2050, «entre un quinto y un cuarto de la población europea será, por lo tanto, de ascendencia africana». Algunas personalidades políticas de la UE, escribe Smith, han aplaudido esto como una «bendición demográfica», la joven África aportando juventud y diversidad, «cerebro y músculo» a la vieja Europa. En opinión de Smith, sin embargo, esto sería un fenómeno negativo para ambos continentes.

La ruée vers l'Europe fue inmediatamente elogiada por Emmanuel Macron, que dijo en la televisión que Smith había dado en el clavo y había descrito «estupendamente bien» la situación. Su ministro de Exteriores, Jean-Yves Le Drian, alabó el diagnóstico «realista» que hacía Smith de la «crisis migratoria» y concedió un premio al libro, como lo hicieron también la Académie Française y *La Revue des deux mondes*. Mientras tanto, en las páginas de *Le Monde diplomatique*, Benoît Bréville describía las predicciones de Smith

como «mitos» y argumentaba que la idea de una avalancha hacia Europa era un invento político. En *La vie des idées*, el geógrafo Julien Brachet iba aún más lejos: «Seamos claros: la propuesta de Smith es ideológica, xenófoba y racista». Pero a primera vista, no obstante, las credenciales de Smith no apuntan a que sea un curtido fanático. Nacido en Connecticut, educado en París y Berlín, primero corresponsal ambulante y después, durante quince años, editor de la sección sobre África de *Libération*, Smith es tal vez más conocido en la esfera angloparlante por sus contribuciones a la *London Review of Books* y ha asumido un papel protagonista en el Departamento de Estudios Africanos y Afroamericanos de la Universidad de Duke. ¿Qué es lo que defiende en *La ruée vers l'Europe* y cómo deberíamos evaluarlo?

Contrariamente a lo que proclaman Macron y Le Drian, el libro de Smith no es una descripción de una realidad existente —la migración de África a Europa no es alta y está en declive; la mayor parte de las migraciones africanas se dan dentro del continente—, sino una proyección futura, basada en tendencias de población extrapoladas. Smith comienza con la historia de África en su *longue durée*, analizada en términos demográficos. Entre 1500 y 1900, calcula Smith, el número de habitantes del continente aumentó únicamente el 20 por 100, pasando de 80 a 95 millones, mientras que en China y en Europa se quintuplicaban las poblaciones. En 1650, la población africana constituía un quinto de la población mundial. En 1930 era únicamente el 13 por 100. La explicación radica, en primer lugar, en el tráfico esclavista, que en 1900 había supuesto la deportación de 28 millones de africanos y africanas, de los cuales 12 millones tuvieron como destino las Américas. Aún más catastrófico fue el impacto microbiano de la colonización del siglo XIX, que provocó que entre un tercio y la mitad de la población de África Occidental y Central muriera por su interacción con enfermedades importadas a una escala comparable a lo que supuso la Peste Negra europea del siglo XIV.

Una consecuencia de este hecho fue que, tal y como lo plantea *La ruée vers l'Europe*, la población del continente se convirtió en el bien público máspreciado: mientras que las tierras de cultivo eran abundantes, la mano de obra era escasa y valiosa. «La riqueza en personas», social y culturalmente estructurada mediante grupos de linaje, lo cual traía aparejado un énfasis concomitante en las relaciones interpersonales, se convirtió en una fuerza impulsora de la historia africana, defiende Smith. Cita *Facing Mount Kenya*, los recuerdos de Kenyatta de su vida en una aldea *kikuyu* en torno a 1900. Kenyatta describe una sociedad en la que «la granja es la escuela» y donde la educación se centra en las relaciones personales y en transmitir los códigos de conducta adecuados. Los niños y las niñas aprenden imitando a sus mayores, «ensayando las actividades en las que se ocupan seriamente todos los miembros de la tribu». El objetivo principal era «construir la personalidad», pues «la personalidad se forma principalmente mediante las relaciones

con los demás y, en realidad, no hay otra forma de cultivarla. En Europa se asume que, una vez obtenido el conocimiento y las ideas correctas, las relaciones personales se desarrollan por sí mismas». Kenyatta consideraba que esta era «la diferencia más fundamental en perspectiva» entre la tradición europea y la africana.

Según el relato de Smith, el crecimiento de la población africana empezó a recuperarse únicamente en el periodo de entreguerras pero, desde entonces, se ha acelerado «a un ritmo que no se ha visto nunca antes en la historia humana», a medida que el descenso de la tasa de mortalidad infantil se combinaba con una baja presencia de los medios anticonceptivos modernos (por debajo del 15 por 100, apunta *La ruée vers l'Europe*) y con la edad de la primera gestación de las mujeres manteniéndose muy baja. De los 300 millones que África tenía en 1960, la población africana subsahariana ha llegado a los 1.000 millones en 2010 y Smith calcula que llegará a 2.500 en 2050 y a 5.000 en 2100, momento en el que, según sus cálculos, la población africana constituirá el 40 por 100 de la humanidad. Smith defiende también que este crecimiento ya está teniendo unos efectos socioeconómicos de amplio alcance. En primer lugar, aunque el continente es aún predominantemente rural (en la primera década del siglo XXI únicamente el 35 por 100 de la población africana vivía en las ciudades), no ha habido un desarrollo económico suficiente en el campo o en los núcleos rurales como para acomodar a la creciente cantidad de población juvenil. En opinión de Smith, el 96 por 100 del campesinado cultiva parcelas de tierra inferiores a 5 hectáreas, y el rendimiento del cereal está estancado en 1,4 toneladas por hectárea, en comparación con las 8,1 toneladas de Estados Unidos. Aproximadamente 400 millones de personas sufren aún malnutrición crónica, lo que afecta al crecimiento del 60 por 100 de la población infantil. Consecuentemente, a lo largo de las últimas generaciones, cientos de millones de jóvenes han salido de sus aldeas en busca de trabajo. Pero los pueblos y las ciudades locales no pueden tampoco absorber su fuerza de trabajo: «Aunque son laboriosos, se han mudado a ciudades sin industria, donde gestionan sus vidas, tal y como pueden, día a día». La próxima etapa es mudarse de una ciudad de provincias a un centro regional: Abiyán, Lagos, Nairobi, Johannesburgo. Las aglomeraciones urbanas del continente han crecido a un ritmo aún más rápido que la población: Dakar, Nairobi y Harare son diez veces más grandes de lo que eran en 1960; Jartum y Mogadisco, veinte veces; Kampala, Kinshasa y Uagadugú, treinta veces; Abiyán cuarenta veces y Lagos es sesenta veces mayor. En 2050, calcula Smith, el 60 por 100 de la población africana vivirá en las grandes ciudades.

Una segunda consecuencia de este crecimiento de la población ha sido la transformación revolucionaria de la ratio entre la gente joven y la gente mayor: ahora el 80 por 100 de la población africana es menor de 30 años.

Dados los principios «tradicionales» de ancianidad y de «respeto por los mayores», Smith argumenta que esto ha tenido unos efectos culturales y políticos profundos. Los gobiernos africanos son, en líneas generales, «gerontocracias», con una brecha de edad media entre gobernantes y gobernados de aproximadamente cuarenta y tres años, en comparación con los treinta y dos años de América Latina, los treinta años de Asia y los dieciséis de Europa, con su población envejecida. Esta discrepancia tiene el peligro de reducir a la población africana joven a un estatus de ciudadanía de segunda y más aún en lo que concierne a las mujeres jóvenes. «Hablando desde un punto de vista cínico», escribe Smith, «el valor de la vida humana ha disminuido en relación inversa al crecimiento sin precedentes de la población del continente». (Es, sin duda alguna, una afirmación profundamente cínica y también desconcertante: no hay ninguna razón por la que un aumento cuantitativo de la población requiera una devaluación cualitativa de la vida humana). El aprecio por las relaciones personales que recordaba Kenyatta ha terminado, eso es lo que da a entender Smith. «Lo que está disponible en abundancia se devalúa, mientras que la escasez aumenta el valor. Esta regla se aplica hoy a los jóvenes en un mundo predominantemente poblado por personas ancianas». Citando a Paul Collier, el economista del desarrollo inglés más conocido por recomendar a los africanos que se rescataran a sí mismos, Smith defiende que el «exceso juvenil» pone en peligro el futuro democrático del continente. Dado que en muchos países subsaharianos hay ingentes cantidades de población que se encuentran por debajo de la edad de derecho al voto, las urnas parecen «más un privilegio basado en la edad que un derecho de mayorías». De esta manera, la juventud de África «destabiliza la democracia».

La rebelión contra la «primacía de los ancianos» encuentra un hogar ideológico en las nuevas formas de religiosidad que han arrasado el continente, escribe Smith. Cita el estudio de Nicolas Argenti sobre la juventud en Camerún, que defiende que el pentecostalismo funciona como un rechazo de «todo lo que representan los ancianos, creando un estado de continua ruptura con el pasado mediante una renovación personal continuada para establecer una vida libre de la esclavitud de Satán, en la que Satán puede entenderse como la encarnación de las estructuras gerontocráticas que tanto alienan a la juventud». Más significativo le parece a Smith que las doctrinas de la prosperidad de los evangelistas puedan presuponer una ética protestante de la familia nuclear capaz de abolir las normas tradicionales de la reciprocidad y de los lazos de parentesco y propiciar que los creyentes renacidos se nieguen a acoger a los parientes o los acusen de «exprimirlos» en una ruptura radical con las normas anteriores. Smith señala que el islam militante de la región del Sahel se ha movilizado a veces como un asalto revolucionario contra la corrupción de los ancianos gobernantes.

En tercer lugar, las frustraciones de la juventud africana están siendo alentadas por un flujo de prosperidad superficial pero real. Después de dos décadas de estancamiento y empujada por la necesidad china de materias primas, las economías africanas finalmente han «cosechado los dividendos» de los dolorosos programas de ajuste estructural que el FMI les impuso en la década de 1980, declara Smith. Nos despliega en este sentido el imaginario familiar de la África emergente (rascacielos y cabañas de adobe, redes 4G y tambores utilizados para comunicarse). «Una nueva tierra de oportunidades surge de un océano de pobreza» y con ella una nueva clase media de 130 millones de consumidores, cuyos ingresos diarios de entre 5 y 20 dólares les permite afrontar los gastos acarreados por la migración, que ascienden a unos 2.500 dólares. Además, estos estratos de población cada vez tienen más presencia en Internet, ahorran para comprar teléfonos móviles o usan los quioscos digitales que aparecen por todas partes. Smith apunta a que Internet pone los mundos de ensueño de la cultura estadounidense a un clic de distancia.

Estas son las condiciones, defiende *La ruée vers l'Europe*, cuya convergencia en torno 2050 produciría la «rebatija por Europa», que se predice en el libro. Un crecimiento continuo y acelerado de la población; estratos emergentes cuyo progreso queda bloqueado en su lugar de origen, pero que pueden mirar más allá de su propio país e imaginarse una vida nueva en un lugar remoto y («el *sine qua non*») que poseen los medios financieros para emprender el viaje. Aunque estos factores tendrían aún que materializarse en la escala que él prevé, en opinión de Smith poseen una «lógica numérica». Una vez que se alcance un determinado punto de inflexión, «la migración interna dentro del continente ya no funcionará como una válvula de escape y un gran número de africanos y africanas empezarán a llamar a las puertas del resto del mundo, empezando por Europa». El resultado se *inscrit dans l'ordre des choses*, se inscribe en el orden de las cosas.

Este supuesto futuro prepara el escenario para el debate que plantea *La ruée vers l'Europe* sobre cómo debería «reaccionar» Europa. ¿Habría que permitir la entrada de población africana en grandes cantidades? ¿Hay que detenerlos en las fronteras? ¿Filtrarlos y elaborar «perfiles»? Smith explica que él «da por sentado» que «el anfitrión es una figura con autoridad en su propio territorio», de otro modo, los conceptos de soberanía y nación no tendrían ningún significado. Con esta idea en mente, aporta cinco «escenarios plausibles» entre los cuales invita a elegir a la ciudadanía europea. El primer escenario, «Euráfrica», contempla una americanización de las actitudes de la Unión Europea, dando la bienvenida a las masas apiñadas del sur, que aportarán al «viejo Mundo» una población más joven, más diversa y más dinámica, algo parecido a la «cultura de bienvenida» que ofreció Alemania en 2015. Este escenario, nos dice Smith, supondría «el triunfo de un universalismo

humanista» pero, si se mantuviera, requeriría igualmente reducir el Estado social a niveles estadounidenses. El segundo escenario es una «Europa fortaleza», que defienda las fronteras. La ventaja sería que los auténticos refugiados no tendrían ya que competir con la migración económica, que es lo que Smith cree que sucede hoy en día. La desventaja: aunque las fronteras puedan fortalecerse, como ha ocurrido en 2017, sería ilusorio pensar que la «avalancha» que viene se evite únicamente con medidas de seguridad.

La «deriva mafiosa» es el tercer escenario, que se contempla vagamente en el libro: los traficantes de seres humanos –entendidos no solamente como posibilitadores, sino como factores causales de la migración, que venden el sueño de una vida nueva como otros tantos traficantes de drogas– podrían unir sus fuerzas con el crimen organizado, o empezar una guerra entre ellos, si el hampa europea encontrara un patrón de extrema derecha. El cuarto escenario es «la vuelta del protectorado»: las elites europeas cooptan a sus semejantes africanas para la «gestión conjunta de los flujos» y evitar que la ciudadanía africana se desplace, lo cual sería una extensión de proyectos que ya están en activo en Marruecos y Libia, en los que a las propias elites se les garantizan visados gratuitos. Y el quinto escenario, «políticas improvisadas»: un batiburrillo a partir de la combinación de pequeñas dosis de todas las recetas anteriores; lo que, más o menos, es el *statu quo* actual. En un intento de concluir el libro con un poco de optimismo, Smith apela al futuro de África: su juventud está huyendo, o así lo hará en 2050, para liberarse a sí misma pero, si atendemos al destino del continente, podría decirse que está huyendo en la dirección equivocada: esa energía se invertiría mucho mejor dentro de sus fronteras.

El objetivo explícito de Smith en *La ruée vers l'Europe* es proporcionar «una base fáctica sobre la que cada persona pueda alzar su propia tribuna política». Aspira, además, a una actitud adecuadamente científica: «Estoy tratando de calibrar la importancia del reservorio migrante africano y, en la medida de lo posible, predecir la escala de los flujos que podrían dirigirse hacia Europa y el momento en que se producirían». Esta frase resume una debilidad fundamental del libro de Smith: su pretendida sobria objetividad suena a hueco, porque su propia ontología – aquello que cree estar observando, las formas en las que moldea el todo social– lo imbrica *a priori* en redes políticas y sociales que nunca se cuestiona y que ni siquiera reconoce. Que los europeos contemplen a la población y las tierras africanas como un recurso no es neutral: tiene una larga historia colonial. Lejos de ser una disquisición académica, *La ruée vers l'Europe* es, de hecho, una sátira polémica, que exhibe todos los distintivos del género: hipérboles, tácticas intimidatorias, uso selectivo de los hechos. Es una obra errática, a menudo hasta un punto frustrante. Smith tiene la manía de suscitar una pregunta, irse por la tangente y terminar con cuatro párrafos que tratan de un tema totalmente distinto.

La exageración melodramática empieza con el título. En opinión de Smith, la migración en masa hacia el norte de la juventud africana supondrá «una inversión» de la «avalancha hacia África» de las potencias europeas en el siglo XIX, cuando se repartieron el mapa de África en la Conferencia de Berlín de 1885. La avalancha, por lo tanto, es depredadora: hace una proyección de la migración africana como protagonista de un alud imaginado y futuro que dominará a la población europea, al menos en términos demográficos. Ni que decir tiene que la imagen está racializada, pero es que Smith lo remacha: «La idea de una “africanización” de Europa no me impide dormir por las noches», insiste en el prólogo a la edición inglesa. Pero, «puedo imaginarme que los europeos tiemblen ante la idea» y «sus miedos no son en absoluto infundados».

Según fuentes expertas en demografía y en migración, las afirmaciones de Smith son exactamente eso, «infundadas». Aunque él opine que la demografía africana «pocas veces haya despertado curiosidad o haya inspirado alguna investigación» (las pruebas que aporta de esto es la bibliografía de un curso de posgrado de la Johns Hopkins), sus críticos han aportado una buena cantidad de obras existentes que Smith no ha tenido en cuenta. François Héran, del INED, el Instituto Nacional de Estudios Demográficos francés ha señalado la patente omisión de la Global Bilateral Migration Database, la principal fuente de conocimiento sobre las diásporas mundiales. Michel Agier, un antropólogo de la École des Hautes Études en Sciences Sociales, también ha puesto en duda las cifras de Smith. El 70 por 100 de la migración africana se produce dentro de los límites del continente y el destino preferido en el exterior del continente es Estados Unidos. Smith es igualmente selectivo en lo que se refiere a las cifras de nacimientos. Se le olvida señalar que, desde mediados de la década de 1970, la tasa está disminuyendo y que ya ha descendido, desde una media de 6,8 hijos por mujer a 4,8 en 2016, en una tendencia aún a la baja.

El esquematismo de los nombres colectivos que emplea Smith (europeos, africanos) omite y homogeneiza a las poblaciones que describe. Su tesis se articula en torno a una comparación de estos dos calificativos entendidos como categorías demográficas, pero sus generalizaciones y sus «cifras medias» suscitan preguntas acerca de las diferencias existentes en el seno de cada una de ellas. La cifra invocada del 15 por 100 del uso «medio» de métodos anticonceptivos modernos enmascara amplias variaciones a lo largo del continente. En Sudáfrica su uso es superior al 60 por 100 y, en general, está mucho más extendido en los países del sur y del este que en África central y occidental, de la misma manera que hay grandes diferencias en cuanto a su uso entre la población rural y la urbana. Esta práctica va de la mano con el tratamiento selectivo que hace Smith de los hechos. Se diseminan ejemplos aquí y allá (los altos niveles de fertilidad en los territorios del interior

del norte de Nigeria, por ejemplo), pero no se examina nunca si se han ampliado proporcionalmente o se han redimensionado para representar adecuadamente al conjunto de África. Cuando reprocha a los gobernantes subsaharianos su falta de «gobernanza demográfica», no reconoce las críticas feministas a los intentos tecnocráticos de control de la fertilidad, la historia de la esterilización colonial, de los anticonceptivos masculinos o de los derechos reproductivos.

Temas dignos del periodismo basura se dejan caer en la argumentación, como un recurso retórico. Hablar del «exceso de jóvenes» inspira a Smith un lírico pasaje sobre África, «la isla continente de Peter Pan», «un país de Nunca Jamás siempre a punto de ser sin llegar a serlo nunca [...], una “tierra perdida” que no logra alcanzar la edad adulta, donde cientos de millones de naufragos esperan una vida plena fuera de su alcance». Su argumento de que la juventud supone una «desigualdad categórica», que pone en peligro el futuro democrático de África ignora las luchas que reclaman formas democráticas a lo largo de todo el continente. No menciona los movimientos juveniles de Senegal, Burkina Faso, Sudáfrica, Congo, Angola y muchos otros países, que están intentando reclamar y repensar formas de democracia participativa. Estos jóvenes no están poniendo en peligro ese futuro, sino en realidad tratando de construirlo en sus países. Su retórica de Peter Pan, que representa a la gente joven como frívola y escapista, ignora las maneras en las que la juventud africana se erige como un actor social y político dentro y fuera de los límites de la política parlamentaria. La democracia, en este libro, parece referirse únicamente a la democracia parlamentaria liberal y Smith caracteriza esta como una forma prefabricada que simplemente existe en el mundo y está «ahí para adoptarla». En realidad, no obstante, las formas políticas no pueden aplicarse sencillamente en lugares nuevos: tienen que renegociarse, adaptarse y disputarse. La idea de la democracia como algo abstractamente disponible es una falacia tecnocrática, como lo es su idea de la «buena gobernanza».

De manera similar, África sigue conceptualizándose como un recurso o como un repositorio para las ideas europeas, más que como una sede de innovación teórica, social y política. Smith no logra interaccionar con las maneras en las que las historias del capitalismo colonial han moldeado los movimientos obreros internacionales. Meditando sobre por qué emigra la gente, Smith opina que los jóvenes buscan «aventuras», buscan «probar suerte» o «conquistar o perecer en el tiempo universal, en sincronía con el resto del mundo». No hay mención alguna de los programas de ajuste que tanto alaba Smith, cuyo nefasto impacto envió durante la década de 1980 a grandes cantidades de profesionales africanos a Estados Unidos y Gran Bretaña, ni de la apropiación de tierras por parte de la actual agroindustria. Estas omisiones se proyectan hacia atrás en el tiempo. Al pasado colonial

africano se le da una importancia mínima: «El colonialismo solamente duró unos ochenta años al sur del Sáhara. La “impronta colonial” no puede reescribir la historia completa del continente antes del colonialismo y después». Pero, por ejemplo, la presencia de Portugal en África se remonta a la década de 1400. Los holandeses llegaron a Sudáfrica en el siglo XVII; Mandela no accedió al poder hasta 1994.

En lugar de contemplar Europa y África conectadas de muchas maneras, a escalas diferentes, a través de un sistema económico unificado pero desigual en el que el imperialismo europeo jugó el papel principal a la hora de implantarlo, Smith trata a ambas entidades como dos lugares totalmente separados, conectados únicamente mediante la migración. Para reutilizar su léxico, el problema no es que la juventud africana esté excluida del «tiempo universal», sino por el contrario que la modernidad capitalista se manifiesta de manera desigual en lugares diferentes. Como ha señalado Fredric Jameson, tenemos que pensar a la vez la fábrica de Ford y el campo labrado por el campesino. Que Smith no logre centrarse en el sistema económico le conduce a conclusiones vagas. Enfatiza que la migración es únicamente una posibilidad al alcance de personas con algún dinero (los más pobres no pueden migrar) y que las clases medias africanas en aumento serán las que estén en mejor posición para migrar. A la larga, defiende Smith, sería preferible para África que prosperara para que su población se quede donde está. A corto plazo, no obstante, Smith concluye que Europa está gastando demasiado en la ayuda al desarrollo, que únicamente sirve para «subvencionar la migración».

Smith mantiene una postura fuertemente comunitaria, señalando con frecuencia que depende de Europa decidir a quién le permitirá atravesar sus fronteras. No aborda lo poco adecuado que es este enfoque a la hora de tratar las historias conectadas de África y Europa o las relaciones económicas extractivas entre ellas en el momento actual. Los europeos no siempre han suscrito concepciones de jurisdicción definidas territorialmente. No es, como Smith plantea, un «universalismo irénico» tomarse en serio las implicaciones materiales y éticas del papel de Europa a la hora de producir un sistema internacional no equitativo. Como no aborda la división internacional del trabajo, Smith describe África como un ente pasivo «que seguirá “siendo globalizada” en lugar de adoptar un rol activo en la globalización». No dice nada de las historias de la diáspora de la mano de obra negra y africana que han construido la modernidad europea. Como escribía Aimé Césaire en *Cahier d'un retour au pays natal*: «Burdeos y Nantes y Liverpool y Nueva York y San Francisco / ni un palmo de este mundo se ha librado de la huella de mi dedo». Si Smith considerase la diáspora africana como un factor productivo en vez de pasivo, le sería mucho más difícil argumentar que la migración desmantelará los Estados del bienestar europeos. Smith

presenta reiteradamente a los migrantes como «invitados» más que como personas trabajadoras, sujetos de derechos, que contribuyen al crecimiento de las sociedades en vez de saquearlas.

En noviembre de 2018 Smith escribió un artículo en *Libération* defendiéndose de las críticas que le acusan de ser un lacayo de la ultraderecha después de que su obra fuera citada en debates antimigratorios. Pero lo que hace que su libro sea tan fácil de cooptar no es tanto su objeto como la manera en la que Smith desarrolla su argumentación, desplegando descuidadamente estereotipos racializados. Los nigerianos, se nos dice, resistieron el impuesto de capitación colonial con la misma intensidad que las plagas de saltamontes. Smith no hace una analogía abiertamente racista, no dice que los nigerianos sean como una plaga de insectos, pero, de la misma manera que con su concepto de la «plaga juvenil» africana, no se puede evitar escuchar los dobles sentidos en su texto. Smith tiene la costumbre de exponer sus argumentos desplegando conceptos, ideas y metáforas con las que supuestamente no está de acuerdo. «No es necesariamente *El señor de las moscas*, pero...». «El nativo de ocho apellidos (el nativo al cuadrado, *le natif au carré*), una persona francesa cuyos padres y abuelos también eran franceses», «tiene alguna excusa para pensar que Francia ha sido siempre un país monocromo». Smith no cuestiona la elisión implícita de legitimidad y raza en el concepto de nativo al cuadrado, aunque sí dice que es «incómodo». Si lo es, ¿por qué insiste en usarlo? El resultado es un texto en el que estas formas de pensamiento acaban por dominar. «A pesar de la infantilización condescendiente [de África] efectuada por Chirac, su aportación era válida». Es posible que no compartamos las motivaciones del antiguo gobernador británico de Nigeria, pero era una persona «de gran perspicacia». Malthus tiene mala prensa, pero aún así conserva una «actualidad desoladora». Yo no soy racista, pero...